Telón de Agora

JACOBO O LA SUMISIÓN. EL CEREZO Y LA PALMERA. DULCE PÁJARO DE JUVENTUD. LOS ACREEDORES. LA GAVIOTA. HISTORIAS PARA SER CONTADAS.

Eugéne Ionesco sabe perfectamente lo que hace. Y sus espectadores, si no son ya sólo víctimas sin remedio, también deben saberlo. Las obras de Ionesco tienen, a veces, escenas de felicidad impresionante y sus reflexiones sobre teatro rebosan inteligencia y verdad. Véanse, si no, éstas: "No tiene ningún sentido acusar a un autor de arbitrario, porque el teatro es el lugar donde cabe serlo lícitamente." "La imaginación no es arbitraria, sino reveladora." "Sin la garantía de la libertad total, el autor no se encuentra a sí mismo, no pasa de decir cosas que ya estaban dichas por otros." "El teatro es el lugar donde podemos atrevernos a todo y donde nadie se atreve a nada." Es tan claro como poco oído, que no existe un solo teatro, ni históricamente. Ha estado, en el tiempo, cerca o lejos de la realidad, cerca o lejos de la lógica, cerca o lejos de la palabra o el gesto.

JACOBO O LA SUMISIÓN, estrenada en el Bellas Artes por Dido, Pequeño Teatro de Madrid, es una obra plena de sentido. A Ionesco le sigue interesando el hombre, ese ser de primera magnitud, según se dice, supeditado, sin embargo, a todo. Un ser coartado desde que nace al que se le dice todos los días que lo puede todo, que es libre y rey de la creación. Ionesco, descoyuntando la realidad o acercando y adensando dispersas realidades, ridiculiza las dictaduras, todas, desde la más nimia y casera a la más cruel y extensa. No repara en límites ni signo. Él ha dicho también que "a veces se quiere que los autores sean apóstoles de toda clase de teologías; no son libres, se les obliga a no defender, atacar o ilustrar más que esto o aquello. Si no son apóstoles, son peones". *Jacobo,* el protagonista, es una víctima de la sumisión, un rebelde amaestrado, infeliz. Sumiso a un castillo de tópicos que han ido anidando en una casa burguesa con retratos, palabras repetidas, ceremonias, butacas. Ionesco es un maestro de la simplicidad y los símbolos. ¿Se dicen, en efecto, dos enamorados algo más que "son, son, son son, son..."?

Buena la versión de Trino Martínez Trives, y su dirección—de las mejores que le hemos visto—, sobre todo en la segunda parte. Todos los intérpretes actuaron bien, especialmente José Caride y Paloma Hurtado. La ambientación y escenografía, abigarrada, graciosa, estuvo a cargo de Paredes Jardiel.

Gerardo Diego, maestro de poetas, ha estrenado en el María Guerrero su premio "Calderón de la Barca" 1961: EL CEREZO Y LA PALMERA, tríptico

navideño. La obra exalta la Navidad y es con rigor fiel a los textos bíblicos. Su autor la definió con fortuna como un Belén en movimiento. Las inspiradas, bellísimas escenas líricas, que abundan en la obra, y que fueron oídas con emoción y deleite, se realzaron a veces con música de Gombau: música alegre, simple. Los intérpretes—más de cuarenta—cuidaron, conscientes, de las bellas, musicales palabras que habían de decir. José Luis Alonso atendió, sobre todo, a realzar el texto. Al éxito contribuyeron los figurines de Gago y, entre los actores, los dos *ángeles,* María Massip y Esperanza Saavedra, alrededor de los cuales trabajaron muy bien Ana María Vidal, Ángel Terrón, Antonio Ferrandis, etc.

En versión de Antonio de Cabo, se ha estrenado en el teatro Eslava DULCE PÁJARO DE JUVENTUD, de Tennesse Williams, dirigida por Luis Escobar.

DULCE PÁJARO DE JUVENTUD no desmiente a su autor en nada: ambiente cargado, orgullo, vicio, choque del ensueño y la realidad, dureza, cenizas con hirientes rescoldos... Y, desde luego, personajes vivos. No era necesaria, en realidad, esa historia brutal y rebuscada que cuenta *Celeste* en la segunda parte. Quita a la obra pureza y dificultad, si bien Tennesse Williams ha hecho siempre un teatro impuro—dentro de la impureza proverbial del teatro—, novelesco y asomado al folletín a veces. El ideal de *Chance Wayne* se hace imposible por antecedentes demasiado concretos. Y la obra pierde vuelo. Pero DULCE PÁJARO DE JUVENTUD es, pese a este reparo, una obra muy importante con dos personajes de una vez: *Chance Wayne* y *Alejandra del Lago.* Dialogando ellos solos, como enemigos atados en el mismo cubil, esencialmente distanciados uno del otro, transcurre gran parte de la obra; la mejor parte, a nuestro gusto. Son dignas de notar las miras inocentes, que mueven a ternura, a que vuelven sus ojos estas dos existencias que han pasado ya—y aún están dispuestas a pasar—por todo.

Amelia de la Torre encarnó su papel como una actriz fuera de serie y fué bien secundada por Arturo Fernández. Luis Escobar dirigió la obra con maestría, empleando elementos distanciadores oportunamente.

En homenaje a Strindberg, a los cincuenta años de su muerte, Alfonso Sastre ha dado una versión libre de "Acreedores" en el teatro Valle-Inclán. Versión que en sus modificaciones de estructura—más posibles de apreciar—: frases iniciales, división en tres cuadros, distinto cauce para final idéntico, etc., nos pareció acertada.

LOS ACREEDORES es un combate dialéctico—combate de cerebros, decía su autor—en el que cada personaje—sobre todo los sanos, los activos: *Gustavo* y *Neckla*—trata de hacer del otro, a presión, con drama, sin descanso, no un obstáculo, sino un camino más de su libertad propia. Pero a costa de anular al de enfrente, llegando a lo que Strindberg llamaba asesinato síquico. Relaciones humanas—inhumanas, para Strindberg—, seres que suben o bajan en el platillo de los deudores o en el de los acreedores, misoginia. Cada personaje es acreedor de los otros dos, pero al final *Gustavo* cobra lo que le debían satisfactoriamente, aniquilando, venciendo, a *Adolfo* y *Neckla.* La concepción de la obra no puede ser más recta, más sencilla, y, sin embargo, sorprende por el simple recurso de mostrar dos caras del mismo personaje, cada una a su tiempo. *Gustavo*

es el amigo de *Adolfo; Gustavo* es, después, el marido de *Neckla; Gustavo* es, por último y siempre, el acreedor más ávido. Y la ocultación de su personalidad al público—hasta bien avanzada la obra—es perfecta. La obra está montada sobre esta sorpresa—que, para algunos, desde luego, pudo serlo menos—y un diálogo cargado, recio, apasionante, sin resquicio de piedad, sin prejuicios.

José María de Quinto, en la dirección, quiso que la obra se defendiera sola, quitando, a fuerza de sobriedad, obstáculos a las palabras—a veces los directores se los ponen—, quitándose de en medio. De los actores —Mary Carrillo, Tomás Blanco y Rafael Arcos—me gustaron mucho los dos primeros.

En el Valle-Inclán, tras LOS ACREEDORES, LA GAVIOTA, de Chejov. Versión y dirección de Alberto González Vergel.

El marco escénico no constituye en Chejov ningún límite. Al menos, un límite cerrado como en tantas obras. La acción va y viene, se expande fuera del escenario, se anuncia o se va extinguiendo fuera. Ningún personaje debe tomar conciencia repentina de su entrada en escena o de su mutis. Siguen actuando fuera y el público debe notar su no total ausencia cuando desaparecen. Teatro sin brusquedades, generalmente, sin aristas, rodado como un atardecer lento. Por todo ello, se precisa en la escena un mundo exterior, no sólo el lejano en distancia y recuerdos, que a veces parecen cogerse con la mano: París, las glorias pasadas, Moscú, sino el inmediato: viento, ecos, piar de pájaros, palabras en susurro. Esta tesis, en la que creemos, ha sido seguida por unos y combatida por otros. González Vergel ha concebido así LA GAVIOTA. Y su acreditada dirección se ha notado en el movimiento de los personajes, en la belleza y buen gusto de los decorados, en la cálida y justa utilería... LA GAVIOTA ha sido un alto espectáculo de los que deben verse en Madrid con más frecuencia. ¿Reparos? Los actores estuvieron, en general, bajos de tono (ocurre a menudo en los estrenos). Asunción Sancho, en el papel de *Nina,* insistió en esa cara de iluminada inexpresiva que le hemos visto ya demasiadas veces. No concebimos a José Bruguera en el papel de *Evguenii Sergueich.* Y, en la versión, falta, al acabar el primer acto, la cita de *Nina* y *Boris Trigorin* en un hotel de Moscú. Cita que es esencial que escuchen los espectadores. ¿Aciertos? Todo lo demás; muchos. Las buenas interpretaciones de Ana María Noé, María Paz Ballesteros, Roberto y Rafael Llamas, Dionisio Salamanca. Los decorados y figurines de Víctor María Cortezo. El buen pulso y arte, la sensibilidad y el ritmo con que fué llevada toda la obra.

El Grupo de Teatro Aguilar representó en su local (Juan Bravo, 38) tres HISTORIAS PARA SER CONTADAS, del argentino Osvaldo Dragún. Teatro épico muy interesante por su forma y su contenido social, vinculado estrechamente al relato breve, al cuento. Obtuvo un éxito merecido. La dirección, de Maruja López Gómez, expresiva y sobria. Interpretaron con seguridad y disciplina Nieves Sainz, Gonzalo Medina—un buen actor—, Vicente Belda y José Calvo.

M. F.